

Mirador

A.C.



Por lo general, la gente no suele matar a otra gente al aire libre. A ver, no tengo los números oficiales, pero en todos mis años en la policía científica ganan por goleada los casos donde me ha tocado trabajar en pisos, casas, locales, naves y algún que otro cobertizo. O lo que es lo mismo, soportar peste, estrecheces y falta de luz. Pero, mira por donde, hoy estoy de suerte.

De la víctima, de momento, solo se sabe que es un turista joven que había salido de fiesta. Lo bueno, lo realmente importante, lo que me hace moverlo de *lao a lao*, como diría Rosalía, es dónde ha aparecido: una pareja de corredores lo ha encontrado esta mañana a primera hora en el mirador de aviones del Prat de Llobregat, tirado en una de las tumbonas de cemento.

—Durán, si no le importa, estoy intentando hablar por teléfono con la comisaria.

—Sí, inspector, disculpe.

—Y haga el favor de concentrarse, que no vamos de excursión.

Mierda, voy conduciendo con mi jefe al lado y yo, sin darme cuenta, silbando y dando golpecitos al volante al ritmo de *Despechá*. Por el retrovisor veo que a García, que va leyendo sus notas, le asoma una media sonrisilla que está entre la desaprobación y el vaya-payasa. Vamos hacia el lugar donde se ha cometido un crimen violento, la víctima es un chaval joven, el asesino anda suelto. Y yo dando palmas con las orejas porque voy a estar notando la brisa en la cara. ¿Debería preocuparme? ¿Me estarán pasando factura tantos años en la profesión? Nota mental: comentarlo con mi psicóloga.

Dejo el coche en un aparcamiento de tierra cercano, cogemos los bártulos y salimos a la carretera. Desde aquí ya se ve el cuerpo a lo lejos. Gafas de sol fluorescentes, riñonera cruzada, chanclas con calcetines. Un turista más de entre la masa que nos invade buscando sol, playa y fiesta. Si no fuera por el dispositivo policial que hay alrededor, cualquiera pensaría que no es más que otro guiri que se ha puesto a dormir la mona donde primero le ha pillado. ¿Qué pasa, chaval? ¿Ayer nos pasamos con la bebida, no? Míralo por el lado bueno, hombre: al menos hoy la resaca es el menor de tus problemas... Madre mía, pero si al chaval le acaban de asesinar, ¿cómo se me va la pinza de esta manera? Nota mental: preguntarle a mi psicóloga que qué me pasa. Urgente.



Mirador

A.C.



Estamos cruzando un puente que hay sobre un canal de aguas bastante sospechosas, justo antes de llegar al mirador, y Martínez nos saluda desde la escena del crimen. Antes me tiro en plancha a esta acequia inmunda que aguantar al cansino este ni una milésima de segundo. Seguro que él ya ha averiguado muchas cosas porque él ha llegado aquí el primero, antes que nadie, y porque además él es el que más sabe de todos nosotros. Mi jefe y García siguen caminando pero yo me paro en seco, saco el móvil del bolsillo y hago como si estuviera cogiendo una llamada.

De repente, el estruendo de mil túneles de lavado me estruja el cerebro y cada una de mis terminaciones nerviosas sufre un pequeño ataque de ansiedad; con el rollo de evitar a Martínez no me había dado cuenta de que venía un avión y ahora está pasando justo por encima de mi cabeza. O sea, que esto es lo que hace la gente para pasar el rato: tumbarse a ver cómo aterrizan los aviones, inhalar un poco de queroseno y perforarse el tímpano. Yo seré rara pero al menos no me autocastigo de esta manera.

Sigo con mi conversación ficticia y me asomo por el puente. Hostia, ahí abajo el agua está infestada de tortugas; esta especie no tiene pinta de ser de aquí pero está claro que han invadido el canal. Toman el sol, nadan, bailotean las unas alrededor de las otras. En su mirada puedo adivinar un desprecio profundo, inequívoco. «Mírala, aquí, disimulando para no enfrentarse a su compañero, que es más joven y le pone muchas más ganas que ella.»

De pronto me empieza a vibrar el móvil, que tengo apoyado en el oído, y casi se me cae al agua del susto.

—Sí, ¿dígame?

—¿Con la señora Durán?

—Sí, soy yo.

—Hola, le llamo de la clínica Frieden para recordarle que mañana tiene cita con su terapeuta a las 10h.

—Ah, hola, sí. —Uf, se me había olvidado que era mañana, qué pereza—. Pues mira... es que... sintiéndolo mucho voy a tener que cancelar, es que esta semana no me va bien.

—Veo que ya lleva canceladas varias sesiones... ¿Va todo bien? ¿Prefiere que le llame su terapeuta por teléfono?



Mirador

A.C.



Arriba, un avión saca las garras y se pone a rugir con todas sus fuerzas. Allá a lo lejos, hay dos aviones más al acecho, esperando su turno para aterrizar. Detrás de esos dos vendrán otros dos, y luego otros dos más. Hoy le ha tocado a este chaval pero mañana será otro; pasado, otro, y luego quién sabe cuántos más. Otro asesinato, otra investigación, otra carrera contrarreloj. En este preciso instante, en algún lugar hay otro monstruo al acecho, deseando atacar y hacer que todo empiece de nuevo.

Seamos sinceros: si decido plantarme aquí y ahora, ¿qué cambiaría? Ganemos o perdamos, al final a nosotros siempre nos toca volver a la casilla de salida. Una y otra vez. Y encima, siempre que volvemos ya es demasiado tarde: el daño ya está hecho.

—Señora Durán, ¿hola? ¿Me escucha? Se oye mucho ruido de fondo...

—Sí, sí, te oigo, perdona. No, no es necesario que me llame, gracias. No pasa nada, solo es que últimamente voy de trabajo hasta arriba.

Desde abajo, la plaga de ojos fríos y distantes sigue juzgándome. «Pff, menuda excusa de mierda. Aún se creerá que está engañando a alguien, la tía esta.»

—¿Le miro si hay hueco la semana que viene?

—Es que ahora mismo me pillas liada, te llamo yo en otro momento si eso, ¿vale?

—De acuerdo, gracias. Que tenga un buen día.

—Igualmente, hasta luego.

Cuelgo y las tortugas me dan la espalda. «Esta está fatal de lo suyo, es un caso perdido. Déjala, déjala que siga así, que ya verás como acaba.»

A ver, que sí, que es verdad que de un tiempo a esta parte no estoy muy fina, que se me hace un mundo tener que habla... Espera, espera, un momento. ¿Qué está pasando ahora mismo? ¿En serio me estoy sintiendo mal por haber defraudado a unos bichos infectos? Dios, ya no puedo estar tranquila ni cuando me toca un caso al aire libre.

—Clínica Frieden, ¿dígame?

—Hola, mira, que acabamos de hablar. ¿Está libre aún la cita de las 10h?

